

Las asociaciones de gallegos en Montevideo como elemento propagandístico de la Galicia actual

por Ana Belén Fernández
Souto

Desde la perspectiva de un extranjero, viajar a Uruguay siempre es enriquecedor, pero, si dicho viaje se realiza amparándose en el estudio académico de las relaciones públicas y la comunicación organizacional, hay un aspecto de este país que claramente llamará la atención: la amplia capacidad de sus ciudadanos para relacionarse y asociarse.

En este sentido, no hace falta más que pasear por las calles montevidéanas para encontrar asociaciones tan poco usuales como asociaciones de enfermos renales, asociaciones de amigos de las palomas mensajeras, asociaciones de diabéticos... sin entrar en las asociaciones de empresarios, de vecinos o asociaciones de carácter político. Y, de entre todos estos grupos, llama poderosamente la atención la presencia de las organizaciones gallegas.

Si bien se le dice *gallego* al español de procedencia, la presencia de emigrantes de esta comunidad autónoma y su peso dentro de la sociedad uruguaya es notable. El profesor Zubillaga Barrera ha estudiado el papel que han desempeñado los gallegos en el país, no sólo por su considerable volumen, sino también por lo que significaron como aporte al movimiento

La autora

Becaria Intercampus en Comunicación Organizacional, Universidad Católica del Uruguay. Profesora invitada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Vigo (España).

independentista, por un lado, y al desarrollo cultural, económico y social de la nación, por otro.¹

La emigración gallega a Uruguay vivió su punto álgido a principios y mediados del siglo XX, justo cuando estas asociaciones emergían en la sociedad iberoamericana como agrupaciones culturales que reunían y acogían a todos aquellos emigrantes preocupados por mantener el espíritu de su tierra, su cultura y tradición, y por seguir alimentando aquella *morriña* del paisaje verde y de las rías gallegas.

Herencia de estas primeras asociaciones de gallegos en el Uruguay, hoy día se conservan solo en la ciudad de Montevideo —puesto que la mayor parte de ellas cuentan también con sucursales en los departamentos del interior— doce instituciones que se agrupan bajo este espíritu: Unión de Sociedades Gallegas, Casa de Galicia, Centro Alma Gallega, Centro Cultural y Recreativo Hijos de Galicia, Centro Valle Miñor, Patronato da Cultura Galega, Sociedad Puerto del Son, Centro Gallego, Unión de Hijos de Morgadanes, Centro Orensano, Centro Pontevedrés y Centro Social y Cultural Bergantiños. Otras fueron desapareciendo poco a poco, como el Frente Cultural Galego, el Órgao da Irmandade Galeguista d'o Uruguay, el Bloque Republicán Nazonal Galego, la Colectividad Gallega en el Uruguay, la Asociación Uruguaya de Hijos de Gallegos, el Centro Coruñés de Montevideo y la Casa Compostelana.

Esta amplia gama de asociaciones de gallegos proviene de aquellas primeras agrupaciones de emigrantes al Uruguay, aunque este no es el caso de todas ellas. Las dos instituciones de más larga data son el Centro Gallego —la asociación de emigrantes gallegos más antigua del mundo, que en 1999 celebró su 120º aniversario— y la mutualista Casa de Galicia. A partir de estas primeras asociaciones surgieron todas las demás, bien como escisiones —caso del Patronato, que nació del propio Centro Gallego— o bien atendiendo a necesidades de un asociacionismo diferenciado que tomaba como referencia el pueblo natal, como es el caso de la Unión de Hijos de Morgadanes, la Sociedad Puerto del Sol, el Centro Valle Miñor, el Centro Social y Cultural Bergantiños, el Centro Orensano o el Centro Pontevedrés.

Sin embargo, surge la pregunta: ¿por qué esa necesidad de asociarse? Quizás en un primer momento ello solo respondiese a motivos afectivos, de unión a la tierra natal, o incluso haya surgido como símbolo de unión y fuerza para integrarse plenamente en este nuevo país.

Si se consultan los archivos de los propios centros, puede comprobarse que fueron muchos los factores que llevaron a la creación de este tipo de

¹ Carlos Zubillaga Barrera: *Los gallegos en el Uruguay*, Montevideo, Banco de Galicia, 1966, p. 8.

instituciones, entre los cuales se destacan los servicios de protección que se ofrecían a sus afiliados: protección laboral, sanitaria, servicios educativos, etcétera.

Hoy, estos aspectos que asentaban sus bases han ido desapareciendo paulatinamente para dar paso, en la mayor parte de los casos, a meras asociaciones socioculturales que casi de forma exclusiva se limitan a planificar actos lúdico-festivos de carácter muy esporádico, tales como bailes, cenas, fiestas o romerías.

Aquí radica precisamente el peligro de extinción de este tipo de asociaciones propagandísticas de la cultura y la tradición gallegas, puesto que sus asociados son cada vez mayores, la regeneración de su base social es cada vez menos importante y la posibilidad de que los futuros asociados no tengan ninguna vinculación con la tierra natal de sus ancestros aumenta. Este es el principal motivo por el que, a lo largo del tiempo, han ido variando los objetivos y las metas originarias de dichas asociaciones: se ven obligadas a adecuarse a la sociedad en que están inmersas y dejan a un lado el peso galleguista y cultural para limitarse a actuar como cualquier otro tipo de asociación, procurando mantener el número de afiliados sin importar si son o no emigrantes o descendientes de gallegos.

En la actualidad, estos centros no subsisten gracias a las aportaciones que realizan periódicamente sus socios —salvo casos excepcionales, como Casa de Galicia, que cuenta con unos 100.000 afiliados a sus servicios de asistencia médica—. Por lo general se ven obligados a solicitar una y otra vez diversas subvenciones por parte de la Xunta de Galicia, el gobierno de la comunidad autónoma gallega.

Dicho organismo dispone de diversos programas a los que estos centros se pueden acoger, como Reencontros; ayudas asistenciales individuales; cursos de lengua, literatura, historia y cultura gallegas; dotaciones para bibliotecas; cursos de danza, música y confección de trajes regionales; plazas en campamentos juveniles; animación juvenil y equipamiento deportivo; ayudas para rehabilitación de locales e instalaciones de los centros y para promoción de nuevos proyectos asistenciales; ayudas para mejorar la dotación y equipamiento de los centros; ayudas para mejorar los equipamientos de grupos folklóricos de los centros o para equipamiento de informática y comunicación.

La existencia de este tipo de programas permite la supervivencia de la mayor parte de los centros gallegos, que continúan así difundiendo su cultura y tradiciones a miles de kilómetros de la tierra natal. De este modo, mediante una serie de actividades de relaciones públicas, información y publicidad —en definitiva, de propaganda—, estas asociaciones se utilizan para matizar y vehicular los lazos existentes entre ambos gobiernos y ambas sociedades, la gallega y la uruguaya.

Sin embargo, no puede afirmarse que se trate de un intercambio cultural real, puesto que esta propaganda gallega se realiza de forma unidireccional: la información parte de los programas institucionales del gobierno autonómico de Galicia hacia los gallegos emigrantes y sus descendientes, pero no a la inversa.

El asociacionismo gallego en Montevideo sigue contando con un peso propio en la sociedad uruguaya, si bien está en un continuo declive. Esto puede constatarse al considerar las cifras de asociados, que son cada vez más bajas, sus cuotas mensuales, cada vez más elevadas, y la dependencia económica casi exclusiva del gobierno gallego, la Xunta de Galicia. Esta cuenta con una partida presupuestaria destinada al mantenimiento de este tipo de asociaciones repartidas por todo el mundo y, en definitiva, destinada a propagar los tópicos culturales y tradicionales de la comunidad gallega.

Resumen

Dentro del fuerte espíritu asociacionista que caracteriza a la sociedad uruguaya, las asociaciones de inmigrantes han desempeñado un papel destacado. En particular, las asociaciones de inmigrantes gallegos llaman la atención por su elevado número y, en muchos casos, la fortaleza de su organización. En este artículo, la española Ana Belén Fernández Souto se centra en la trayectoria de las asociaciones de gallegos ubicadas en Montevideo que han perdurado y en las transformaciones que han debido operar para sobrevivir en un contexto muy diferente del que les dio origen.